

REPÚBLICA DE CHILE
MINISTERIO DE BIENESTAR SOCIAL
Sección Publicaciones, Propaganda, Impresiones y Biblioteca

SERIE C.

N.º 2

BAW 7114 p 6

GONORREA

SU ASPECTO SOCIAL

POR

W. E. COUTTS

Médico Jefe de la Sección Higiene Social
de la
Dirección General de Sanidad



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SANTIAGO DE CHILE
TALLERES SAN VICENTE
Conferencia 635

—
1930

REPUBLICA DE CHILE
MINISTERIO DE BIENESTAR SOCIAL
Secretaría Ejecutiva, Previsión, Impresión y Biblioteca

SEÑAL

CONFERENCIA

SU ASPECTO SOCIAL

1911

W. E. COULTS
Membro Titulo de la Sección Higiénica Social
Dirección General de Previsión



GONORREA

SU ASPECTO SOCIAL

“La gonorrea se encuentra en el palacio de los reyes, en la choza del esclavo; infecta al niño antes de su primer resuello y acompaña las canas del anciano hasta la tumba”.

Dijo John Stuart Mill: “Los males sociales, así como también los corporales, no podrán ser prevenidos, mucho menos curados, mientras no enseñemos al público hablándole en su propio lenguaje”.

Si con frecuencia en las reuniones íntimas, en las charlas familiares, se discuten con entusiasmo temas relacionados con la medicina general, no es menos cierto que los puntos referentes a las enfermedades sociales se pasan por alto, respetando el pudor del auditorio. Nada tan desatinado; nada más propio de nuestra falta de comprensión de la intimidad misma de los fenómenos vitales y sociales. Este silencio, nacido del falso pudor que nos impone la sociedad, es el factor que más contribuye a la propagación de estas dolencias.

Una mordaza de falsa moral oprime nuestros labios, nos encierra en el marco del pudor y nos impide decir la verdad, presentando los hechos como quiso los conociéramos el Supremo Creador. Quisiera comunicarme con vosotros arrojando lejos esa máscara de la farsa, eliminando el factor sexo, para puntualizar sobre hechos que todos conocemos en forma vaga y rodeados de misterio, como aquellas tradiciones de los mongoles de Urga. Todos somos moralistas, filósofos; creemos conocer la vida, interpretarla, y así edificamos basados en cimientos falsos, pues nos hemos despreocupado de conocer la vida en su origen mismo. Pero temo ofender, y quien atenta contra la moral pública como la entienden los puritano, merece la más severa sanción.

La función de la reproducción, el acto mismo, son considerados todavía como un asunto misterioso e incomprendible, que sólo atañe a los hombres de ciencia. Sentimientos de pudor social y profundo desprecio por conocer las cosas como son en realidad, han obligado a la generalidad de las personas a abstenerse de adquirir conocimientos precisos sobre los órganos sexuales y sus leyes. Tales sentimientos son impropios de la dignidad del hombre y de la infinita perfección de la Naturaleza.

La Naturaleza exige nuestro estudio calmado y respetuoso de todas sus obras y leyes; no nos ha dotado de órganos para que fueran escondidos y sus funciones rodeadas de misterio. Por el contrario, ella hace responsable a nuestra conciencia del fiel cumplimiento de sus órdenes, con el fin que nos respetemos y nos conozcamos en cuanto se refiere a la esencia de la vida misma.

No es nuestra misión seleccionar entre las obras de la Naturaleza aquellas que más gratas nos son, o lo son a las circunstancias y costumbres, pues todas ellas, por igual, merecen nuestra atención decidida.

Si omitimos conocer las leyes de los órganos sexuales, sus enfermedades, cometeremos un error fundamental, ya que sus funciones deben inspirarnos tanto interés como las leyes y enfermedades de otros sistemas orgánicos. Es un deber sagrado que pesa sobre todos nosotros, hombres y mujeres, el de conocer puntos que nos afectan tan de cerca, y me atrevería a sostener que de todos los sistemas corporales, ninguno debería merecer con más razón la concentración de toda nuestra atención, que el sistema reproductivo, por desgracia entre nosotros tan desatendido. Ningún conjunto de órganos más complicados que los sexuales en casi todos los problemas de mayor transcendencia de nuestra época, y es por esta razón, que debemos luchar por desposeernos de aquellos sentimientos degradantes e infantiles de funesta delicadeza, que ahija la ignorancia sobre estas materias y que son causa de los mayores daños a nuestra raza.

En esta primera relación sobre las enfermedades de los órganos sexuales, trataré sobre una de las plagas más universalmente difundidas: la gonorrea o purgación.

Esta afección, tanto o más traidora y engañosa que la sífilis, es una enfermedad grave, por la severidad que a veces revisten sus síntomas y por las desastrosas consecuencias que puede dejar a su paso. A pesar de esto, no existe tal vez otra enfermedad para la cual tengan los jóvenes tanto desprecio. Mientras los novicios con-

templan toda afección venérea con el curioso temor que su ignorancia les inspira, los ya iniciados sienten orgullo en relatar los peligros a que han estado expuestos y pintan un cuadro ridículo y grotesco de los padecimientos que aguardan a la posible víctima. Con frecuencia se considera sinónimo de hombría, entre la juventud, el haber tenido unas cuantas gonorreas. Esta jactancia y desprecio por los pesares y sufrimientos pasados es un hecho muy humano, y el desprecio por los males venéreos pronto reemplaza al temor que por ellos se siente. Pero hay también un núcleo considerable de hombres jóvenes, que no consideran la gonorrea una condecoración digna de glorificación pública; son aquellos en quienes la gonorrea ha demostrado cuán traidora y destructora es. Forman esta falange los eternos clientes de Dispensarios, los estrechados urinarios, los fistulosos, etc., sobre quienes la gonorrea ha dejado suspendida una espada de Damocles. Se ha dicho, y no sin razón, que la gonorrea es una afección física y moral a la vez, deja no sólo cicatrices en el cuerpo sino también las deja en el alma, y es así como vemos a estos urinarios crónicos arrastrar su cruz, hasta que su peso los doblega y les hace tocar su frente con el suelo, víctimas de una neurastenia cuyos orígenes se confunden con los primeros anhelos de la conservación de la especie.

¿Qué han hecho los órganos genitales para merecer, que sus enfermedades tan universalmente difundidas, sean consideradas en forma tan diversa de las de otros sistemas orgánicos? Han ofendido las leyes morales, dice el moralista; pero el joven que lo escucha, que se siente despertar y cuyos instintos le susurran al oído

una moral más verdadera, ríe y quisiera hacerse comprender; pero su risa sólo encuentra el eco lejano que le devuelven los muros de piedra que circundan al edificio misterioso del problema sexual.

En esta forma, favorecida en su desarrollo por la equívoca negligencia del moralista, por la falta de respeto de la juventud, por la ignorancia de las mujeres que transmiten el contagio que ellas a su vez han recibido, este amarillo torrente de miseria inunda el palacio del rey y la choza del labriego, sin que nada hayamos hecho por desviar su curso, mucho menos detenerlo.

Para hacer labor efectiva en este sentido, debemos comenzar descorriendo el velo del secreto, presentar las cosas como son y en su verdadero lugar; no considerar estos conocimientos como propios a los de nuestra profesión, sin hacerlos conocer del grueso público; enseñar que las enfermedades sociales, son males como tantos otros que merecen nuestro respeto y que no son ofensas contra las leyes naturales, sino más bien consecuencias naturales de ellas mismas. No es ciencia lo que hoy más necesitamos para tratar estos problemas de transcendencia social; hay conocimientos científicos suficientes acumulados por el esfuerzo de siglos, que nos permiten construir una humanidad nueva; no es tanto la cabeza como el corazón en quien debemos apoyarnos hoy en día. Hubiera más médicos que participaran del entusiasmo de enseñar a prevenir, propagando sus conocimientos, el mundo en general no permanecería mucho tiempo más en su estado actual de degeneración y miseria física. Nadie, en realidad, mejor capacitados que nosotros para emprender esta campaña de salvación de

la raza; pero, desgraciadamente, estos esfuerzos y el eco de nuestros clamores se pierde en las multitudes y el silencio despreciativo destruye nuestra labor al nacer. Esto nos ha aislado en el marco estrecho de la atención del dolor físico en sus diversas manifestaciones, y hemos dejado las lamentaciones espirituales del dolor humano a filósofos y poetas, cuyo desconocimiento, a veces absoluto de las causas reales del dolor, los hacen incurrir en divagaciones estériles.

La gonorrea es una enfermedad tan vieja como el mundo. Moisés, en el Levítico, quince siglos antes de nuestra era, señalaba la conducta que debían seguir los enfermos atacados de este mal. En el versículo 2.º del capítulo XV, decía: "Hablad a los hijos de Israel y decidles: el hombre que sufre de flujo de su cuerpo, será considerado como impuro"; y en los versículos siguientes, 4, 5, 6, 7, agrega en síntesis: que esta impureza se extiende a su lecho, a todos los objetos familiares de que se sirve y a todas las personas que toca. Refiriéndose al intercambio sexual en este estado, dice en el versículo 18 del mismo capítulo: "La mujer que yace con un hombre enfermo de flujo, queda impura como él y deberá bañarse en agua". En el Deuteronomio, capítulo XXIV, versículo 1.º, encontramos lo siguiente: "Si un hombre se casa y descubre que su esposa no está limpia de flujo, puede divorciarse". De estos fundamentos podemos deducir que Moisés y los de su tiempo, conocían algunos medios de transmisión y la conta-

giosidad de esta enfermedad y aún habían dictado leyes de carácter social en su contra.

Documentos que de la antigüedad han llegado hasta nuestros tiempos, nos permiten asegurar que Aristóteles, Platón y Séneca, hacían alusiones muy precisas de la gonorrea; Epicuro, el alegre filósofo, murió víctima de ella; y según Celso, ni los “grandes” del siglo de Augusto, se escaparon de contraerla.

Sólo doce siglos después de las referencias hechas por Moisés en el Levítico, encontramos el primer documento verdaderamente científico sobre la gonorrea. En las lecciones de Hipócrates, transmitidas por sus discípulos, están catalogados los principales síntomas de esta enfermedad y se hace resaltar la importancia que sobre el contagio y la transmisión ejercen las libaciones excesivas y los placeres de Vénus.

Fatigoso y de escaso interés sería revisar a través de los siglos, la evolución de los conocimientos científicos acumulados sobre la gonorrea. En 1872, Noegerrath, un médico alemán radicado en New York, describió en forma vaga, el microbio de esta enfermedad, y sólo siete años más tarde, en 1879, Neisser de Breslau dió a conocer, en forma clara y precisa, la naturaleza microbiana de esta enfermedad, describiendo y estudiando las cualidades del germen que la produce.

Este acontecimiento marca una página de oro en los métodos de tratamiento, y podemos decir, que a partir de esta fecha, se inician los verdaderos conocimientos científicos sobre la materia.

Terminaremos a esta altura la breve reseña histórica y entraremos a considerar esta enfermedad bajo su

aspecto médico, tratando en todo momento de colocar nuestros conocimientos al alcance de todos.

Mucho se ha escrito y se ha dicho sobre la gonorrea. Eminencias científicas sostienen, "que todo hombre tiene derecho vitalicio a una gonorrea"; "todo hombre la ha tenido, la tiene y la tendrá", y hay escuelas médicas enteras, como la vienesa, que sostienen "de todas las gonorreas se cura, menos de la primera".

Todas estas sentencias tienen su razón de ser; más aún, si pensamos la enorme frecuencia con que este mal se presenta. Bizard, ex-médico especialista de los ejércitos franceses, en la pasada conflagración europea, dice que de cada 100 hombres que examinaba, para su admisión al ejército, 20 sólo no la habían tenido. Creo, entre nosotros, el problema es más grave aún; y me atrevo a decir que se consulta más por gonorrea que por sífilis, y que entre 100 enfermos de ambas afecciones que concurren a los dispensarios, un escaso 5 por ciento no ha tenido, o tiene su gonorrea en latencia. En la transmisión de esta enfermedad hay un hecho que propiamente juega un papel exclusivo, es el intercambio sexual, y dada la frecuencia de esta relación entre ambos sexos, la propagación sería obra de las leyes naturales mismas. Pero también debemos saber, que la gonorrea se transmite por contacto de ropas manchadas con secreciones; objetos de aseo personal íntimo de gonorreicos, y según lo han demostrado recientes investigaciones de médicos estadounidenses, puede adquirirse en los baños públicos, ya que han logrado aislar los microbios de esta enfermedad del agua de piscinas en dichos establecimientos.

La gonorrea, por intercambio sexual, es casi exclu-

siva de los adultos; son los niños quienes, en la inmensa mayoría de los casos, se contagian, uno en el umbral de la vida misma (ciegos de nacimiento por conjuntivitis), otros en su primera infancia, por descuido de sus mismos padres y nodrizas.

En los Estados Unidos de Norte América, el censo verificado en 1900, de los ciegos y sordos, reveló que el 25 por ciento de los ciegos de nacimiento se debía a la gonorrea.

En Londres, la Royal Comission for Deaf and Dumb, estimaba que en un solo año más de 7,000 niños habían perdido la vista debido a esta enfermedad. Resumiendo el estudio de varias estadísticas, podemos decir que, aproximadamente, la gonorrea es responsable del 20 por ciento de todos los ciegos del mundo.

En el hombre, la aparición de la gonorrea se determina dentro de un período relativamente corto (3 a 5 días); pero en raras ocasiones pueden también retardarse en su aparición los síntomas iniciales, y sólo más tarde (8 o 15 días), a raíz de algún exceso, se exagera la dolencia y el sujeto descubre su gonorrea. Esta aclaración es muy necesaria, porque con suma frecuencia el vulgo cree que si no hay abundante supuración e intenso ardor al orinar, no se trata de gonorrea, sino de alguna afección producida por el frío y que no es contagiosa. Este error debe remediarse, y considerar sospechosa toda secreción de los genitales, hasta que no sea reconocida, y su naturaleza determinada, por un individuo competente.

En la mujer, esta enfermedad se inicia con síntomas muy vagos, y esto obedece a la constitución misma de

sus órganos genitales, que hace se entre a sospecharla más tardíamente. Resumiendo, diremos: en el hombre esta enfermedad es de preferencia urinaria; en la mujer, genital (pérdida de humores).

La gonorrea, en general, atendida a tiempo y en forma conveniente, evoluciona en un espacio de 5 a 7 semanas, hacia un restablecimiento completo; pero si se la descuida, el proceso se retarda en meses y aún en años.

Como afección local, su gravedad es relativa; todo el valor de sus estragos lo apreciamos cuando hay complicaciones genitales o a distancia.

Entre las primeras, tenemos aquellas que afectan directamente a los órganos de la generación, dejando, como secuelas, la impotencia y la esterilidad.

Mr. Jones dijo, refiriéndose a la gonorrea femenina: "Comienza por cubrir a la mujer de vergüenza y concluye quitándole el sexo". En ellas determina lesiones integrales que se traducen por trastornos en las reglas, cambios de carácter, y como lo hemos manifestado ya, la esterilidad. Estadísticas cuidadosamente llevadas en Estados Unidos de Norte América, nos revelan que esta afección, es en un 75 por ciento la causa determinante de la infecundidad matrimonial; y Mac Noughton Jones hace subir estas cifras a 85 por ciento, dejando un escaso 15 por ciento para las causas de otro orden.

Analizando ahora el rol que en la vida del matrimonio le cabe desempeñar a la mujer, la falta de hijos será una de las tragedias más tristes de la Naturaleza.

Si la gonorrea no da lugar a la esterilidad, pueden las inflamaciones del ovario producir una alteración tan

profunda en sus tejidos, que lo hacen perder la preciosa propiedad que tiene de arrojar en la sangre sus productos de elaboración y que son los que mantienen los caracteres sexuales de la hembra.

Si las cifras estadísticas dadas hace algunos instantes atrás, pueden parecernos exageradas, para justificarlas diremos que en la Clínica de los hermanos Mayo, en Rochester (Estados Unidos), el 60 a 80 por ciento de las operaciones abdominales mutiladoras sobre los órganos genitales femeninos, son única y exclusivamente imputables a la gonorrea. Casi todas estas complicaciones se presentan durante el período de actividad sexual; y la siguiente estadística del Departamento de Ginecología de la Universidad de Pennsylvania, nos permitirá apreciar mejor lo que hemos dicho: en un total de 125 operaciones abdominales por gonorrea:

Entre 15 y 20 años.....	1,6%
Entre 20 a 25 años.....	30,4%
Entre 25 a 30 años.....	24,8%
Entre 30 a 35 años.....	12,8%

Las complicaciones de la gonorrea son casi propias de su período evolutivo agudo; el pasaje a la cronicidad se hace en forma traidora y a veces sólo nos recuerda su existencia una pequeña recrudescencia ocasional de los síntomas a raíz de excesos o libaciones exageradas.

Durante esta fase de latencia se pueden presentar lesiones diversas, y entre éstas, la estrechez de la uretra

en el hombre puede, en ocasiones, determinar por pasaje de la orina a los tejidos, la gangrena de ellos y un estado tóxico-infeccioso que rápidamente los coloca al umbral de la muerte.

No siempre la gonorrea restringe su campo de acción a los aparatos urinarios y genital, y no es raro que el microbio, por pasaje a la sangre, vaya a producir lesiones a distancia. Constituída la gonorrea en enfermedad general, ataca de preferencia el sistema de la marcha, produciendo inflamaciones muy dolorosas de las articulaciones (coyunturas), las que en ocasiones supuran y dejan deformidades que hacen del enfermo un inválido para el resto de su vida. También puede atacar las envolturas del corazón y pulmones, y en raras ocasiones se localiza hasta en la médula espinal, produciendo lesiones invariablemente mortales.

La gonorrea, en los niños, es mucho más frecuente de lo que estamos habituados a creer. La adquieren a cualquier edad. Pollak, en una serie de 187 casos que se presentaron al Dispensario del John Hopkins Hospital, encontró que el número mayor de enfermos tenía menos de 6 años; y Pott, entre 83 casos, 56 tenían menos de 5 años.

Su origen se remonta a atentados criminales o a relaciones sexuales prematuras; pero es más común que la adquieran por contagio indirecto, uso de utensilios de toilette íntimo infectados, etc. Sin embargo, hay una superstición muy arraigada en casi todos los países del mundo, y es que transmitiendo un adulto la infección a una virgen, sanará inmediatamente. Esta atrocidad no es un mito; así lo demuestran Krafft-Ebing, Wilde en

Irlanda, Siepel, quien en el año 1912 logró reunir una serie de 53 niñas víctimas de este atentado.

Evoluciona esta enfermedad en los niños con los mismos síntomas que en los adultos; en las mujercitas, por excepción, gana el útero (matriz), pero pasa fácilmente a la cronicidad, constituyendo un proceso rebelísimo de curar.

Respecto a la influencia que la gonorrea ejerce sobre la descendencia, contrasta con la sífilis, en que sólo en muy señaladas ocasiones es la causa de la muerte antenatal del feto; pero aprovechamos la ocasión para repetir una vez más que, es la causa frecuente de la esterilidad tanto en el hombre como en la mujer, y Morris ha sintetizado estas verdades en la elocuentísima frase que a continuación citamos: "La gonorrea es el factor más poderoso para determinar el suicidio involuntario de la raza".

Si "prevenir es curar", ¿cómo podemos prevenir esta enfermedad, fuente de tanta miseria y desgracia?

Jamás será prevenida, mientras no se desprenda la humanidad de su falta de interés por lo que se refiere a los problemas sociales, en especial aquellos encarnados por las enfermedades venéreas y se ponga a luchar de frente desposeída del hipócrita manto del moralista.

La gonorrea es una de las enfermedades más fáciles de prevenir, ya que conocemos su manera de transmisión, que es casi única y bien definida. Atacados por ella, debemos, en primer lugar, evitar de propagarla entre los nuestros y guardar las mismas consideraciones para nuestros congéneres. Un lema para todos debiera ser "no recibir ni dar la infección".

Uno de los puntos capitales en la profilaxis de esta enfermedad, reside en la esterilización de las fuentes de contagio. La atención médica conciente, ejercida por especialistas, hasta obtener una curación completa, debe ser otro de los puntos capitales en esta lucha. Existiendo un porcentaje enorme de enfermos de esta naturaleza, de escasos recursos, es necesario ampliar y multiplicar los servicios de esta índole, colocar en ellos a médicos especializados que prestigien los policlínicos y den a los enfermos el máximo de garantías. La reclusión obligatoria, así como la declaración de estas enfermedades, están vigentes en algunos países; pero si las leyes han de aplicarse en nuestro país, donde un santo en la corte lo puede todo, sería una enorme injusticia para los clientes de Dispensarios.

Otra de las medidas que se han contemplado en esta lucha, es la reglamentación de la prostitución; pero este hecho, mirado en la forma más benevolente, sólo contempla el problema bajo el punto de vista de la mujer, fuente de infección, y deja al hombre en entera libertad de acción. Debemos también recordar que la prostitución ha existido en todos los tiempos, nació con la humanidad y su origen se confunde con el origen de las sociedades. Después de aquel día en que Agar se prostituyó a Abraham, en las épocas legendarias de las cortesanas egipcias, desde nuestras primeras manifestaciones de civilización, la mujer se ha vendido al hombre y ha puesto precio de oro a sus encantos y caricias. La prostitución reglamentada como arma para luchar contra la gonorrea, es una utopía; el número de mujeres que ejercen el comercio sexual al amparo de la ley, es

irrisorio, comparado con el número de mercenarias clandestinas del amor. En el Estado de Virginia (Estados Unidos de Norte América), creían tener el control más perfecto en este sentido y habían recluso a las cortesanas en un distrito: "red light district" (distrito de la luz roja); pero después de corto plazo se convencieron que un 80 por ciento de las damas que comerciaban sus atractivos, estaba repartido en las esferas obreras y sociales del Estado.

He tratado de hacer esta rápida exposición sobre la gonorrea y algunos de los problemas sociales que de ella se derivan, en forma tal, que fuera comprendida por todos. No ha sido mi ánimo alarmar. Las insensatas objeciones que se han hecho a la ilustración del pueblo sobre la verdad de los hechos relacionados con su salud, y para quien no debe ser una enseñanza, sino un deber el conocimiento de estas cosas, me obligan una vez más a insistir en que debemos divulgar y presentar las enfermedades como son, alejándonos de toda prédica moralista.

Altamente satisfecho me consideraría si contara con la generosa cooperación de los que estas páginas leen, para luchar contra estas plagas sociales, que, hasta ahora, nuestra ignorancia y apatía han dejado hacerse tan comunes.

Cuánto corazón generoso de padre no ha exclamado al contemplar el labio tembloroso, la angustiada frente, los sentimientos llenos de amargura y desesperación de sus hijos, víctimas de este mal: ¡Sobre mis hombros caiga la culpa, fueron mis falsos prejuicios, mi ignorancia de los fenómenos reales, los que se alzaron an-

te mi vista en forma de barrera frente a la labor que debí hacer!... ¿Qué puedo hacer ahora que el daño está hecho?

Nosotros respondemos: no olvidar que la juventud tiene órganos sexuales, tiene pasiones y leyes que cumplir relacionadas con ellos, que son las llaves de su ser y de su vida.

Abramos nuestros corazones a los jóvenes, enseñemos, difundamos; seamos los padres más hermanos de nuestros hijos, más hermanos de nuestros congéneres; eliminemos esa malsana delicadeza culpable de tantos males y habremos hecho un gran bien a la Humanidad.